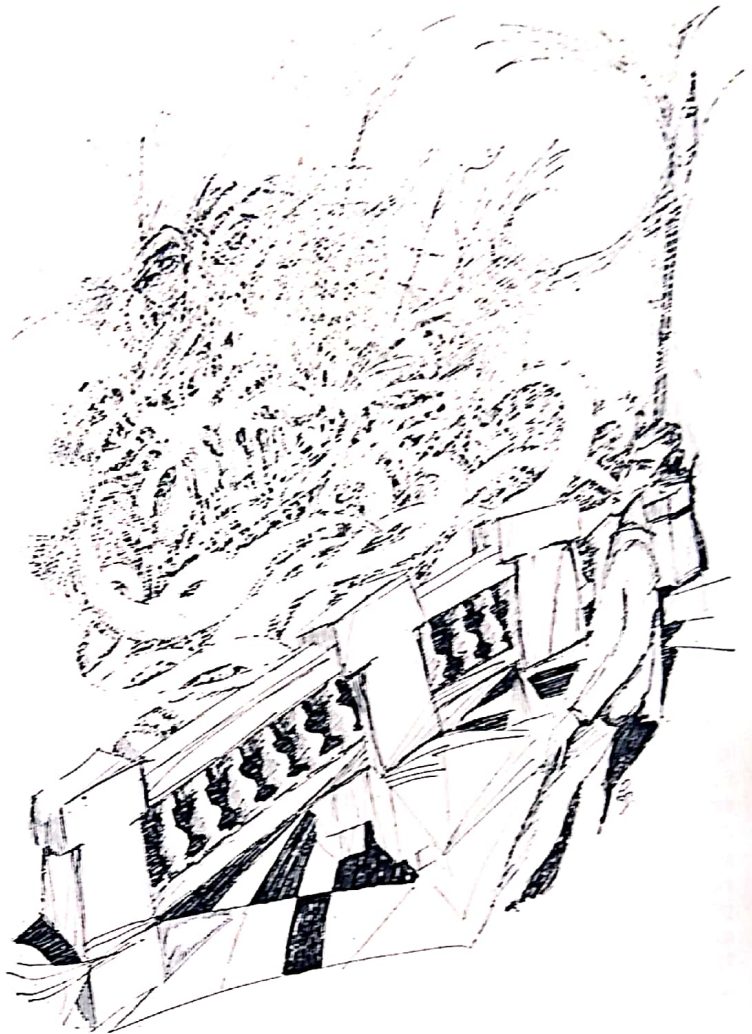


# PROEMIO A UNA NEBULOSA COSTANERA

*Para Ben Molar, mi amigo  
porteño*

NICOLÁS CÓCARO



Espadas de luces, como ojos espantados  
rebrillan en la mirada nocturna del Río de la Plata.  
El inacabable cielo se tiende  
de pecho sobre el agua parda.  
Nada, en esta soledad, puede separarnos.  
Estamos solos. Así debió estar Dios  
en la preeternidad de las criaturas terrestres.  
El viento llena los labios del hombre  
con sabores de mojadas sales.  
Un camino de piedra demarca la costanera  
por donde deambulan nuestros pasos.  
Mutaciones del tiempo. Estamos y no estamos.  
Vamos de la tierra a la humedad,  
de la humedad a la tierra,  
así el mar asciende y desciende  
en las costas del mundo.  
Mástiles y barcazas sobreviven en las gastadas aguas.  
Paredones de hierro y cemento  
acarician la libertad de los álamos y de los cipreses.  
A veces, quisiera quedarme para siempre  
adormecido por el río.  
¡Oh, ciudad, oh, Río de la Plata!  
Te he contemplado, ciudad, desde la costa sinuosa del  
[Norte,  
como si estuvieras sumida y rodeada por las aguas,  
como si sobrevivieras al hambre del tiempo  
y a la destrucción de la nada.

Ahora, oh río, tus aguas  
me traen y me llevan por el tiempo.  
A veces, un suicida termina sus días, desmemoriado,  
con la pólvora de una botella de vino;  
a veces, una mujer oscura  
se detiene y nos mira junto al frío de los paredones.  
He visto las arenas caer sobre la ciudad  
y sepultarla lentamente,  
con un arrastre de generaciones  
que los vientos vuelven a las aguas.  
Pero estas estrellas mojadas, caídas en el Atlántico  
tendrán su mensaje de otros hombres;  
acaso, se repetirán de memoria  
su mudable pensamiento  
cuando América era una ínsula en el mundo.  
Caen —tunditur unda— las aguas a los pies del hombre.  
Un grano de arena brillante. Nada más.  
El viento castiga la desnuda y resentida costanera  
y brillan, como plesiosaurios, infinitas luces.  
Nada, nada sé. Solamente recuerdo  
fragmentos de amistades y cariños.  
Estamos hechos de polvo infinito de un grano de arena.  
Nada quiero saber. Solamente  
unas hojas verdes me acarician la cara.  
Eso. Nada más que esas hojas junto al Río de la Plata.  
Mi memoria es el río corriendo que me lleva,  
y que me trae en su arrastre.  
¡El río! ¡El río! ¡Mi pensamiento! ¡El hombre!